

**DONATO
CARRISI**

LA CASA DE LAS VOCES

Traducción de Maribel Campmany



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2021

A Antonio.
Mi hijo, mi memoria, mi identidad.

23 de febrero

Una caricia en sueños.

En el nebuloso confín con la vigilia, un instante antes de caer en el abismo del olvido, el suave toque de unos dedos fríos y finos en la frente, acompañado de un triste y dulce susurro.

Su nombre.

Al oír la llamada, la niña abrió los ojos de par en par. Y en ese mismo instante, sintió miedo. Alguien había venido a visitarla mientras se iba quedando dormida. Podía ser alguno de los antiguos habitantes de la casa; a veces charlaba con ellos o los oía moverse como ratones, rozando las paredes.

Pero los fantasmas hablaban en su interior, no fuera de ella.

También Ado –«el pobre Ado, el cándido Ado»– iba a visitarla. Sin embargo, a diferencia de todos los demás espíritus, Ado no hablaba nunca. Por eso ahora un pensamiento más concreto la turbaba.

Aparte de mamá y papá, nadie sabía su nombre en el mundo de los vivos.

Era la «regla número tres».

La idea de haber violado una de las cinco recomendaciones de sus padres la aterraba. Siempre habían confiado en ella; no quería decepcionarlos. Y menos ahora que papá le había prometido enseñarle a cazar con el arco y que mamá había estado de acuerdo. Pero entonces reflexionó: ¿cómo iba a ser culpa suya?

«Regla número tres: nunca digas tu nombre a los extraños».

No había dicho su nuevo nombre a extraños, y tampoco era posible que alguno de ellos se hubiese enterado accidentalmente. Además, hacía al menos un par de meses que no veían a nadie merodeando por los alrededores de la casa de campo. Estaban aislados en medio de la nada; la ciudad más cercana se encontraba a dos días de camino.

Estaban a salvo. Solo ellos tres.

«Regla número cuatro: nunca te acerques a los extraños y no dejes que ellos se acerquen a ti».

Entonces, ¿cómo era posible? Quien la había llamado era la casa; no encontraba otra explicación. A veces, las vigas producían siniestros crujidos o gemidos musicales. Papá decía que la casa se asentaba en sus cimientos como una señora entrada en años sentada en un sillón y que, de tanto en tanto, necesita acomodarse mejor. En el duermevela, uno de esos ruidos le había parecido el sonido de su nombre. Eso era todo.

La inquietud en su alma se aplacó. Volvió a cerrar los ojos. El sueño, con su silencioso reclamo, la invitaba a seguirlo a ese lugar acogedor y cálido donde todo se disuelve.

Cuando ya iba a abandonarse, alguien volvió a llamarla.

Esta vez la niña levantó la cabeza de la almohada, se incorporó y, sin bajar de la cama, sondeó la oscuridad de la habitación. En el pasillo, la estufa hacía horas que se había apagado. Al otro lado de las mantas, el frío sitiaba su lecho. Ahora estaba completamente despierta.

Quienquiera que la había invocado no estaba en casa; se hallaba fuera, en la oscura noche de invierno.

Había hablado con la voz de las corrientes de aire que se insinúan por debajo de las puertas o entre las persianas cerradas. Pero el silencio era demasiado profundo, y ella, con el corazón latiendo con ímpetu en los oídos como un pez dentro de un vaso, no lograba distinguir ningún otro sonido.

«¿Quién eres?», le habría gustado preguntar a las tinieblas. Pero temía la respuesta. O tal vez ya la conocía.

«Regla número cinco: si un extraño te llama por tu nombre, huye».

Se levantó de la cama. Pero, antes de moverse, buscó a tientas la muñeca de trapo con un solo ojo que dormía a su lado y la agarró para llevarla consigo. Sin encender la luz de la mesilla, se aventuró a ciegas por la habitación. Sus pequeños pasos descalzos resonaban en el suelo de madera.

Debía avisar a mamá y a papá.

Salió al pasillo. El olor del fuego que se consumía lentamente en la chimenea subía por la escalera que conducía a la planta de abajo. Se imaginó la mesa de olivo de la cocina, todavía con los restos de la pequeña fiesta de la noche anterior. La tarta de pan y azúcar que había preparado mamá en el horno de leña y a la que le faltaban tres raciones exactas. Las diez velas que había apagado de un solo soplido, sentada sobre las rodillas de papá.

Mientras se acercaba al dormitorio de sus padres, los pensamientos felices se evaporaron y dejaron paso a oscuros presagios.

«Regla número dos: los extraños son el peligro».

Lo había visto con sus propios ojos: los extraños cogían a la gente, se la llevaban lejos de sus seres queridos. Nadie sabía dónde iban a parar ni qué era de ellos. O tal vez todavía era demasiado pequeña, todavía no estaba preparada, de modo que nadie se lo había querido contar nunca. Lo único de lo que estaba segura era de que esas personas ya no regresaban jamás.

Nunca más.

–Papá, mamá... Hay alguien fuera de la casa –susurró, pero con la determinación de quien no quiere que sigan tratándola solo como a una niña.

Papá se despertó el primero y, un instante después, lo hizo mamá. La niña obtuvo inmediatamente toda su atención.

–¿Qué has oído? –preguntó la madre, mientras el pa-

dre cogía la linterna que siempre tenía a mano junto a la cama.

–Mi nombre –contestó la niña, titubeando, temiendo una regañina por haber violado una de las cinco reglas.

Pero ninguno de los dos le dijo nada. Papá encendió la linterna y cubrió el foco con la mano para iluminar apenas la oscuridad de la habitación y que los intrusos no supieran que estaban despiertos.

Sus padres no le preguntaron nada más. No sabían si creerla o no. Pero no porque sospecharan que hubiera mentido, sabían que nunca mentiría sobre algo así. Solo debían determinar si lo que había contado era real o no. A la niña le habría gustado que simplemente se tratase de su imaginación.

Mamá y papá estaban alerta. Pero no se movieron. Permanecieron en silencio, con la cabeza ligeramente erguida, escrutando la oscuridad, como los radiotelescopios de su libro de astronomía, que escrutan lo ignoto que se esconde en el cielo, esperando y a la vez temiendo captar una señal. Porque, como le había explicado su padre, descubrir que no estamos solos en el universo no sería necesariamente una buena noticia: «Los extraterrestres también podrían no ser amistosos».

Discurrían interminables segundos de silencio absoluto. Los únicos ruidos eran el viento que agitaba las copas de los árboles secos, el llanto quejumbroso de la veleta de hierro oxidado en lo alto de la chimenea y los gruñidos del viejo granero, como una ballena durmiendo en el fondo del océano.

Un sonido metálico.

Un cubo cayó al suelo. El cubo del pozo, más concretamente. Papá lo había atado entre dos cipreses. Era una de las trampas sonoras que colocaba cada noche alrededor de la casa.

El cubo estaba situado cerca del gallinero.

Ella estaba a punto de decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, su madre le puso una mano en la boca. Quería sugerir que tal vez se tratara de un animal nocturno –una comadreja o un zorro–, no necesariamente de un extraño.

–Los perros –susurró el padre.

No se le había ocurrido hasta entonces. Papá tenía razón. Si hubiese sido un zorro o una comadreja, después del ruido del cubo al caer, sus perros guardianes sin duda habrían empezado a ladrar para señalar su presencia. Como no lo habían hecho, solo había una explicación.

Alguien los había hecho callar.

Ante la idea de que les pudiera haber ocurrido algo malo a sus amigos peludos, unas cálidas lágrimas le hirvieron en los ojos. Hizo un esfuerzo por no echarse a llorar; su disgusto se mezcló con un repentino ataque de terror.

Sus padres intercambiaron una mirada. Fue suficiente para saber exactamente lo que debían hacer.

Papá fue el primero en bajar de la cama. Se vistió rápidamente, pero sin ponerse los zapatos. Mamá lo imitó, pero además hizo algo que dejó a la niña atónita durante un instante: le pareció que su madre esperaba el momen-

to en que el padre no se diera cuenta, y a continuación vio como metía una mano debajo del colchón, cogía un pequeño objeto y se lo introducía rápidamente en el bolsillo. La niña no tuvo tiempo de ver qué era.

Le extrañó. Mamá y papá no tenían secretos.

Antes de que ella pudiera preguntarle nada, la madre le dio una segunda linterna y se arrodilló delante poniéndole una manta sobre los hombros.

—¿Recuerdas lo que debemos hacer ahora? —preguntó, mirándola fijamente a los ojos.

La niña asintió. La mirada decidida de la madre le infundió valor. Desde que empezaron a vivir en la casa abandonada, hacía alrededor de un año, habían ensayado decenas de veces el procedimiento: así lo llamaba papá. Hasta entonces nunca hubo la necesidad de llevarlo a la práctica.

—Agarra fuerte a tu muñeca —le recomendó su madre. A continuación, cogió su pequeña mano con la suya, cálida y fuerte, y se la llevó.

Mientras bajaban la escalera, la niña se volvió un instante y vio que el padre había cogido uno de los bidones del trastero y ahora esparcía el contenido por las paredes de la planta de arriba. El líquido se filtraba a través de las vigas del suelo y tenía un olor penetrante.

Cuando llegaron a la planta inferior, mamá la arrastró consigo hacia las habitaciones traseras. Los pies descalzos topaban con astillas de madera, la niña apretaba los labios intentando ahogar los quejidos de dolor. Aunque ya no hacía falta, era inútil seguir ocultando su pre-

sencia. Allí fuera, los extraños ya se habían percatado de todo.

Los oía moverse alrededor de la casa, querían entrar.

En el pasado, ya les había sucedido que algo o alguien fuera a amenazarlos al lugar donde creían estar a salvo. Al final, siempre habían logrado esquivar el peligro.

Ella y su madre pasaron junto a la mesa de olivo donde estaba la tarta de cumpleaños con las diez velas apagadas. Junto a la taza esmaltada de leche con la que habría desayunado al día siguiente, junto a los juguetes de madera que su padre había construido para ella, la caja de galletas, los estantes con los libros que leían juntos cada noche después de cenar. Cosas a las que tenía que decir adiós, una vez más.

La madre se acercó a la chimenea de piedra. Metió un brazo en el humero para buscar algo. Por fin encontró el extremo de una cadena de hierro ennegrecida de hollín. Empezó a tirar de ella con todas sus fuerzas, haciendo que se deslizara alrededor de una polea escondida en la chimenea. Una de las losas de arenisca de debajo de las brasas empezó a moverse. Pero pesaba demasiado, necesitaban a papá. Fue él quien inventó ese sistema. ¿Por qué tardaba tanto en reunirse con ellas? Ese imprevisto todavía las asustó más.

–Ayúdame –le ordenó su madre.

Agarró la cadena y tiraron a la vez. Con el ímpetu, la madre dio un codazo a un jarrón de arcilla que estaba en la repisa de la chimenea. Vieron cómo se estrellaba contra el suelo, impotentes. Un sonido sordo recorrió las

estancias de la casa de campo. Un instante después, alguien empezó a llamar con fuerza a la puerta de entrada. Esos golpes retumbaron como una advertencia.

Sabemos que estáis ahí. Sabemos dónde estáis. Y venimos a buscaros.

Madre e hija volvieron a tirar de la cadena con mayor energía. La piedra bajo las ascuas se movió justo lo suficiente. La madre apuntó la linterna hacia una escalerilla de madera que bajaba hacia los cimientos.

Los golpes en la puerta continuaban, más acelerados.

Ella y su madre se volvieron hacia el pasillo y por fin vieron aparecer al padre con las botellas en las manos: a modo de tapón, tenían un trapo mojado. Tiempo atrás, en el bosque, la niña había visto a su padre encender una de esas botellas y después lanzarla contra un árbol seco que se incendió al instante.

Los extraños golpeaban la puerta de entrada: ante su asombro, las bisagras que la fijaban se estaban desclavando de la pared y los cuatro cerrojos que la atrancaban parecían más frágiles con cada arremetida.

En un instante, comprendieron que esa última barrera no iba a bastar para contener mucho más a los asaltantes.

Papá las miró a ellas y después a la puerta, y a continuación otra vez a ellas. Ya no quedaba tiempo para el procedimiento. De modo que, sin pensarlo demasiado, asintió en su dirección y, al mismo tiempo, dejó en el suelo una de las botellas, pero solo para coger un encendedor del bolsillo.

La puerta cedió de repente.

Mientras las sombras cruzaban el umbral vociferando, la última mirada de papá fue para ella y para mamá, a la vez, como un abrazo. En esos breves instantes, en los ojos de su padre se condensó tanto amor, compasión y pesar que la dulzura del dolor de la despedida se les quedaría grabada para siempre.

Mientras encendía la llama, pareció que el padre esbozaba una pequeña sonrisa, solo dirigida a ellas dos. Seguidamente, lanzó la botella y desapareció junto a las sombras en una llamarada. La niña no pudo ver nada más porque su madre la empujó a la abertura del suelo de la chimenea y la siguió sin soltar el extremo de la cadena.

Bajaron a toda velocidad por los peldaños de madera, estuvieron a punto de tropezar varias veces. De arriba les llegó el fragor sofocado de una nueva explosión. Gritos incomprensibles, excitación.

Al llegar al final de la escalera, en el húmedo sótano, la madre soltó la cadena de hierro para que el mecanismo cerrara la losa de piedra. Pero se atascó con algo y quedó una amplia rendija abierta. La madre intentó desbloquear el mecanismo tirando de la cadena, zarandeándola. Sin resultado.

Según el procedimiento, en caso de ataque, la familia tendría un refugio allí abajo mientras la casa ardía por encima de sus cabezas. Tal vez los extraños se asustarían y saldrían corriendo, o tal vez pensarán que habían muerto en el incendio. El plan preveía que, cuando arri-

ba hubiese vuelto la calma, ella, mamá y papá abrirían de nuevo la trampilla de piedra y saldrían a la superficie.

Pero algo no había salido bien. «Nada» había salido bien. Para empezar, papá no estaba con ellas, y encima, la maldita losa no se cerraba del todo. Mientras tanto, arriba, todo ardía. El humo se iba colando por la rendija y llegaba a su escondrijo. Y en ese angosto sótano no había ninguna vía de escape.

Su madre la arrastró hacia el rincón más alejado de aquella catacumba. A pocos metros de ellas, en la fría tierra bajo el ciprés, estaba enterrado Ado. El pobre Ado, el cándido Ado. Tendrían que sacarlo de allí para llevárselo.

Pero ahora ni siquiera ellas podían escapar.

La madre le quitó la manta de los hombros.

—¿Estás bien? —preguntó.

La niña estrechaba en su pecho la muñeca de trapo con un solo ojo y temblaba, pero aun así asintió con la cabeza.

—Pues escúchame —prosiguió—. Ahora tendrás que ser muy valiente.

—Mamá, tengo miedo, no puedo respirar —dijo ella, empezando a toser—. Salgamos de aquí, por favor.

—Si salimos, los extraños nos llevarán con ellos, ya lo sabes. ¿Es lo que quieres? —afirmó, con un tono de reprensión—. Hemos hecho muchos sacrificios para que eso no pase, ¿vamos a rendirnos ahora?

La niña levantó su mirada al techo del sótano. Ya podía oírlos, a pocos metros de ellas: los extraños intentaban vencer a las llamas para capturarlas.

–He seguido todas las reglas –se defendió, sollozando.

–Ya lo sé, amor mío –la tranquilizó su madre, acariciándole las mejillas.

Encima de ellas, la casa de las voces gemía en el incendio, como un gigante herido. Era desgarrador. Por la rendija de la losa de arenisca ahora se propagaba un humo más denso y negro.

–No nos queda mucho tiempo –afirmó la madre–. Todavía tenemos una manera de irnos...

Tras decir esto, se metió una mano en el bolsillo y cogió algo. El objeto secreto que le había escondido a papá era un frasco de cristal.

–Un sorbo cada una.

Sacó el tapón de corcho y se lo tendió.

La niña dudó.

–¿Qué es?

–No preguntes, bebe.

–¿Y qué ocurrirá después? –preguntó, asustada.

La madre sonrió.

–Es el agua del olvido... Nos dormiremos y, cuando despertemos, todo habrá terminado.

Pero ella no se lo creía. ¿Por qué el agua del olvido no estaba en el procedimiento? ¿Por qué papá no sabía nada de eso?

La madre la cogió por los brazos, sacudiéndola.

–¿Cuál es la regla número cinco?

La niña no entendía qué necesidad había de repasarlas en ese momento.

–Regla número cinco, venga –insistió la madre.

–«Si un extraño te llama por tu nombre, huye» –re-
pitió ella, despacio.

–¿La número cuatro?

–«Nunca te acerques a los extraños y no dejes que
ellos se acerquen a ti» –contestó esta vez con la voz rota
por el llanto incipiente–. La tercera es «Nunca digas tu
nombre a los extraños», pero yo no lo he hecho, lo juro
–se justificó enseguida, recordando cómo había empe-
zado todo esa noche.

El tono de la madre volvió a ser dulce:

–La segunda regla, venga...

Tras una pausa:

–«Los extraños son el peligro».

–Los extraños son el peligro –recordó con ella la ma-
dre, seria. A continuación, se llevó el frasco a los labios
y bebió un pequeño sorbo. Se lo tendió de nuevo–. Te
quiero, amor mío.

–Yo también te quiero, mamá.

La niña miró a su madre, que a su vez la miraba.
A continuación, miró el frasco en su mano. Lo cogió y,
sin dudarle más, ingirió lo que quedaba del contenido.

«Regla número uno: confía solo en mamá y papá».

1

Para un niño, la familia es el lugar más seguro de la tierra. O el más peligroso.

Pietro Gerber intentaba no olvidarlo nunca.

—Está bien, Emilian: ¿qué tal si me cuentas lo del sótano?

El niño de seis años, de piel tan clara, casi transparente, que parecía un espectro, se quedó callado. Ni siquiera levantó los ojos del fuerte de pequeños ladrillos de colores que habían estado construyendo hasta ese momento. Gerber siguió añadiendo piezas a los muros, paciente, sin meterle prisa. La experiencia le decía que Emilian encontraría él solo el momento adecuado para hablar.

Cada niño tiene su ritmo, se repetía siempre.

Gerber estaba agachado junto a Emilian desde hacía al menos cuarenta minutos, en la moqueta de los colores del arcoíris de una habitación sin ventanas, en la segunda planta de un edificio del siglo XIV en la Via della Scala, en pleno casco antiguo de Florencia.

Desde sus orígenes, el edificio se había destinado a albergar instituciones caritativas florentinas «para dar refugio a niños perdidos», es decir, a los niños abandonados por familias demasiado pobres para mantenerlos, los hijos ilegítimos, los huérfanos y los menores que eran víctimas de situaciones sociales ilícitas.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, el edificio era la sede del tribunal de menores.

El inmueble pasaba desapercibido en comparación con el resplandor de los edificios que lo rodeaban, absurdamente concentrados en pocos kilómetros cuadrados y que hacían de Florencia una de las ciudades más bellas del mundo. Pero tampoco podía considerarse un lugar cualquiera. Por su origen: anteriormente había sido una iglesia. Por los restos de un fresco de Botticelli que representaba la Anunciación de la Virgen.

Y por la sala de juegos.

Además de los pequeños ladrillos con los que Emilian se entretenía, había una casa de muñecas, un trenecito, una gran variedad de cochecitos, excavadoras y camiones, un caballito con balancín, una pequeña cocina para preparar comidas imaginarias, así como varios peluches. También había una mesa baja con cuatro sillitas y lo necesario para dibujar.

Se trataba, sin embargo, de una ficción, porque todo en esos veinte metros cuadrados servía para ocultar la verdadera naturaleza del lugar.

La sala de juegos era a todos los efectos una sala del tribunal de justicia.

Una de las paredes la ocupaba un gran espejo tras el cual se ocultaban la jueza y el fiscal, así como los imputados y sus abogados defensores.

Ese espacio había sido habilitado para salvaguardar la indemnidad psíquica de las pequeñas víctimas a las que les pedían que prestaran declaración en un entorno protegido. Para favorecer su testimonio, todos los objetos presentes en la habitación habían sido escogidos por psicólogos infantiles para que desempeñaran un papel determinante en la narración o en la interpretación de los hechos.

Los niños a menudo se servían de los peluches o de las muñecas. En su relato, reemplazaban a sus verdugos y sometían a los muñecos al mismo trato que habían recibido ellos. Algunos preferían dibujar antes que hablar, otros inventaban cuentos y los sembraban de referencias sobre lo que habían sufrido.

Pero, en ocasiones, algunas revelaciones aparecían de manera inconsciente.

Precisamente por ello, en los pósteres de las paredes, unos alegres personajes de fantasía vigilaban los juegos de los pequeños huéspedes junto a cámaras invisibles. Cada palabra, gesto o comportamiento quedaba grabado y se convertía en una prueba útil a la hora de dictar un veredicto. Pero había matices que los ojos electrónicos no eran capaces de captar. Detalles que, con solo treinta y tres años, Pietro Gerber ya había aprendido a distinguir con precisión.

Mientras seguía construyendo el fuerte de ladrillos

de colores al lado de Emilian, lo estudiaba atentamente, esperando distinguir el más pequeño signo de apertura.

La temperatura interior era de veintitrés grados, las lámparas del techo irradiaban un ligero resplandor azul y, de fondo, un metrónomo marcaba un compás de cuarenta pulsaciones por minuto.

La atmósfera más adecuada para favorecer una total relajación.

Si alguien preguntaba a Gerber en qué consistía su trabajo, él nunca contestaba «Psicólogo infantil especializado en hipnosis». Usaba una expresión que había acuñado la persona que se lo había enseñado todo y que resumía mejor el sentido de su misión.

«Adormecedor de niños».

Gerber era consciente de que mucha gente consideraba la hipnosis como una especie de ejercicio de alquimia para controlar la mente de los demás. O creían que el hipnotizado perdía el control de sí mismo y de su propia consciencia y acababa a merced del hipnotizador, que podía hacer que dijera o hiciese cualquier cosa.

En realidad, simplemente era una técnica para ayudar a personas que se habían extraviado a entrar en contacto consigo mismas.

Nunca se perdía el control, ni la consciencia; la prueba de ello era que el pequeño Emilian estaba jugando como siempre. Gracias a la hipnosis, el nivel de vigilia disminuía para que el mundo exterior dejara de molestar: al excluir las interferencias, aumentaba la percepción de uno mismo.

Pero el trabajo de Pietro Gerber era todavía más concreto: consistía en enseñar a los niños a poner en orden su frágil memoria –suspendida entre juego y realidad– y a distinguir lo que era de verdad de lo que no lo era.

Sin embargo, el tiempo de que disponía con Emilian se acababa, y el experto podía imaginar la expresión contrariada de Baldi, la jueza de menores, escondida detrás del espejo junto a los demás. Fue ella quien lo nombró consultor en ese caso y siempre había estado allí para instruirlo sobre lo que debía preguntarle al niño. A Gerber le correspondía la tarea de encontrar la mejor estrategia para inducir a Emilian a darle esa información. Si no obtenía nada en los próximos diez minutos, tendrían que posponer la vista hasta otra fecha. El psicólogo, sin embargo, no quería rendirse: ya era la cuarta vez que se encontraban, se habían producido pequeños pasos hacia delante, pero nunca verdaderos progresos.

Emilian –el niño espectro– tenía que repetir en sede judicial el relato que un día, inesperadamente, le contó a su maestra de la escuela. El problema era que, desde entonces, no había vuelto a hacer referencia a la «historia del sótano».

Si no había historia, no había prueba.

Antes de declarar fallida la sesión, el hipnotizador se permitió un último intento.

–Si no quieres hablar del sótano, no pasa nada –dijo. Entonces, sin esperar a la reacción del menor, dejó de construir el fuerte. En vez de eso, cogió algunas piezas de colores y empezó una segunda construcción justo al lado.

Emilian se percató y se detuvo a mirarlo, sorprendido.
–Estaba dibujando en mi cuarto cuando oí la cancioncilla... –dijo al cabo de un rato, con un hilo de voz y sin mirarlo a la cara.

Gerber no mostró ninguna reacción, dejando que hablara.

–La del niño curioso, ¿la conoces? –Emilian se puso a recitarla, canturreando–: «Hay un curioso chiquillo - jugando en un rinconcito - en la oscuridad callada - escucha una llamada - hay un fantasma gracioso - que lo llama imperioso - al curioso chiquillo - quiere darle un besito».

–Sí, la conozco –admitió el psicólogo sin dejar de jugar, como si se tratara de una conversación normal.

–Así que fui a ver de dónde venía...

–¿Y lo descubriste?

–Venía del sótano.

Por primera vez, Gerber había conseguido llevar la mente de Emilian fuera de la sala de juegos: ahora estaban en casa del niño. Debía mantenerlo allí el mayor tiempo posible.

–¿Fuiste a ver qué había en el sótano? –preguntó.

–Sí, bajé.

La admisión de Emilian era importante. Como recompensa, el psicólogo le tendió una pieza, permitiéndole participar en la construcción del nuevo fuerte.

–Me imagino que estaría oscuro. ¿No te daba miedo bajar allí tú solo? –afirmó para tantear de entrada la credibilidad del pequeño testigo.

–No –replicó el niño, sin ninguna vacilación–. Había una luz encendida.

–¿Y qué encontraste allí abajo?

El niño se quedó indeciso. Gerber dejó de pasarle más piezas.

–La puerta no estaba cerrada con llave como otras veces –siguió diciendo el niño–. Mamá dice que no debo abrirla nunca, que es peligroso. Pero esa vez la puerta estaba entreabierta. Se podía ver el interior...

–¿Y tú echaste una ojeada?

El pequeño asintió.

–¿No sabes que espiar no está bien?

La pregunta podía provocar efectos imprevisibles. Al oír que lo reprendía, Emilian podía encerrarse en sí mismo y no contar nada más. Pero si quería que la declaración fuera irrefutable, Gerber tenía que correr el riesgo. Un niño que no era capaz de comprender el valor negativo de sus propias acciones no podía considerarse un testigo fiable.

–Ya lo sé, pero no me acordé de que espiar no está bien –se justificó el pequeño.

–¿Y qué viste en el sótano?

–Había gente –dijo solo.

–¿Eran niños?

Emilian sacudió la cabeza.

–De modo que eran adultos.

El niño asintió.

–¿Y qué hacían? –lo apremió el psicólogo.

–No llevaban ropa.

–¿Como cuando vas a la piscina o a la playa, o como cuando te vas a duchar?

–Como cuando te vas a duchar.

La información significaba un valioso progreso en la declaración: para los niños, la desnudez de los adultos es un tabú. Pero Emilian había superado el obstáculo de la vergüenza.

–Y llevaban máscaras –añadió, sin que Gerber se lo hubiese preguntado.

–¿Máscaras? –El psicólogo, que conocía la historia por la maestra de Emilian, se hizo el sorprendido–. ¿Qué clase de máscaras?

–De plástico, con una goma detrás, de esas que solo te tapan la cara –dijo el pequeño–. De animales.

–¿De animales? –repitió el psicólogo.

El niño empezó a enumerarlos:

–Un gato, una oveja, un cerdo, un búho... y un lobo, sí, había un lobo –confirmó.

–¿Por qué llevaban esas máscaras, en tu opinión?

–Jugaban.

–¿Qué juego era? ¿Tú lo conocías?

El niño lo pensó un momento.

–Hacían cosas de internet.

–¿«Cosas de internet»? –Gerber quería que Emilian fuera más explícito.

–Leo, mi compañero del colegio, tiene un hermano más mayor, de doce años. Un día el hermano de Leo nos enseñó un vídeo de internet, estaban todos desnudos y se abrazaban de manera extraña y se daban besos.

–¿Y te gustó ese vídeo?

Emilian hizo una mueca.

–Y después el hermano de Leo nos dijo que teníamos que guardar el secreto porque eso era un juego de mayores.

–Comprendo –afirmó el psicólogo, sin mostrar ningún tipo de juicio en el tono de voz–. Eres muy valiente, Emilian, yo me habría muerto de miedo.

–No me asusté porque los conocía.

El psicólogo se paró: el momento era delicado.

–¿Sabías quiénes eran las personas de las máscaras?

El niño espectro olvidó por un instante el fuerte y levantó la mirada hacia la pared del espejo. Detrás del cristal, cinco individuos esperaban en silencio sus palabras.

Un gato, una oveja, un cerdo, un búho. Y un lobo.

En ese momento, Gerber sabía que no podía ayudar a Emilian. Esperó a que el pequeño se sirviera de la experiencia de sus apenas seis años de vida para encontrar él solo el valor de pronunciar los verdaderos nombres de los protagonistas de esa pesadilla.

–Papá, mamá, el abuelo, la abuela. Y el padre Luca.

«Para un niño, la familia es el lugar más seguro de la tierra. O el más peligroso», repitió Pietro Gerber para sus adentros.

–Está bien, Emilian. Ahora contaremos juntos hacia atrás: diez...